



## El pirata mudo

En el mes de noviembre la ciudad empezaba a inundarse de franceses, una tradición que se remontaba a 1908 cuando los colonialistas galos crearon el protectorado de Kampuchea. El sur de Camboya se convertía así en ese trocito de paraíso que muchos ansiaban habitar durante sus vacaciones para dejar de lado el estrés. Las tiendas, incluso las más pequeñas, a partir de entonces lucirían a la entrada todo tipo de artefactos occidentales, para que aquellas gentes que permitían mover la economía –agonizante durante el resto del año– se sintieran cómodas. Entre los artilugios pintorescos se encontraban algunos flotadores en forma de rana, abanicos españoles y barreños de plástico utilizados para meter por las noches los pies en agua fría. Todo cambiaba, las calles, las luces, el mercado, incluso la chatarrería, a ella llegaban todos los trastos que los nuevos inquilinos no querían ver en las casas coloniales que compraban. Este fue el caso de Etienne Rideau, un capitán de barco a quien la distancia entre el timón y sus manos le valió una joroba. Había navegado desde chico, primero con su padre, pescador de Marsella, y de joven con unos piratas en la zona de Etiopía, algo de lo que le gustaba alardear, sabiendo que estas batallas despiertan la curiosidad incluso de los más incrédulos. Pues bien, Etienne decidió comprarle una maison a Samai, un señor cuyos días transcurrían sentados bajo un bananero con el único objetivo de esperar la muerte mientras veía cómo crecían y amarilleaban los plátanos. Aunque la casa le fascinó al capitán, lo cierto es que las estancias estaban repletas de cientos de cachivaches que habían acompañado los cientos de años con los que contaba Samai, algo a lo que no estaba acostumbrado ningún marinerero que haya pasado más tiempo en alta mar que en tierra, ya que los enseres en un barco se limitan a la nostalgia y al desarraigo. Por eso la primera reacción de Etienne fue deshacerse de cuadros, tazas de porcelana, baúles y arañas que de haber podido hablar se hubieran declarado propietarias de la casa por derecho. Sin embargo, hubo algo de lo que no se pudo deshacer: una silla de mimbre blanco. No fue por voluntad propia, ni mucho menos, fue una condición que le puso Samai para venderle la casa, no siendo la única. La silla debería permanecer durante un año junto a la orilla del mar, dándole intencionadamente la espalda al oleaje. Aunque la cláusula irritó ligeramente a Etienne, no viendo en esa silla más que un obstáculo a la vista que tendría la que se convertiría en sala de estar, en la que ya se imaginaba con un vaso de whisky frío escuchando con el gramófono alguna canción de Edith Piaf, acabó aceptando, consciente de que detrás de él había una lista de franceses esperando por aquella casa colonial situada junto a unas aguas calmas, una auténtica delicia que podía verse perjudicada si aparecían sus compatriotas con flotadores en forma de rana y abanicos españoles. Aceptó, sí, pero no sin cierta desconfianza. Samai podría haber elegido preservar cualquier otro mueble, como la cama de la habitación del fondo, cuyas sábanas parecían haber sido cosidas por diosas de un mundo todavía no conocido, o quizás el armario que albergaba toda una colección de mariposas con espléndidas alas de colores salvajes con un historial de vuelo seguramente corto, aunque majestuoso. Pero no. El anciano decidió que tenía que ser la silla de mimbre blanco y un hombre que espera su muerte debajo de un bananero contemplando cómo amarillean los plátanos, no decide cosas por casualidad, por lo que a Etienne se le puso el corazón en un puño recordando todas las prácticas de magia blanca que había presenciado en Etiopía y en otros muchos lugares en los que atracó el barco para comprar y vender telas. Aquellos asuntos de chamanes se los tomaba bien en serio, porque la única vez que le dio por bromear y ridiculizar las prácticas de los ancestros, se inició una tempestad con la que estuvo a punto de perder la embarcación. Así, ya instalado en la casa, esperó a que se hiciera de noche para formalizar la parte del contrato con la que se comprometió. Rechistando como un niño al que le obligan a comerse las acelgas, se dirigió al salón, donde ya no quedaba ningún objeto antiguo –salvo las arañas, que en lugar de marcharse se escondieron para volver a salir–, cogió la silla de mimbre y la cargó en su hombro derecho. Anduvo apenas unos metros sobre la arena y cuando llegó a la orilla la depositó delicadamente en la posición acordada. En un primer momento no le pareció buena idea sentarse sobre ella, no le encontraba sentido estar junto al mar y no contemplarlo. Desde pequeño, desde que empezó a pescar con su padre cerca del puerto de Marsella y durante los años que había sido capitán, no había hecho otra cosa que mirar embelesado su inmensidad, su belleza, sacando de él todas las riquezas que poseía, desde atunes o sepias a tesoros perdidos en las profundidades por la avaricia de reyes de antaño, lo que le llevó a gritar a los cuatro vientos los conocimientos que poseía sobre el medio acuático. Pero aquella noche había luna llena y el reflejo del astro le empujó a sentarse sobre el asiento de mimbre, no se sabe si fue algo fortuito o la magia de Samai tuvo algo que ver. Sea como fuere Etienne acabó sentado, no sintiéndose cómodo, más bien angustiado. En un primer momento no pudo evitar mirar de reojo al mar, inclinándose ligeramente su torso, pero de manera progresiva la luna captó toda su atención. Su mirada se concentró en el cielo y sus oídos, por primera vez, se concentraron en el susurro de las olas. Conforme pasaban las horas Etienne se fue dando cuenta de que el mar no solo era una apariencia, también hablaba. Sus ojos derramaron cientos de lágrimas y desde aquel día enmudeció.

*María Pilar Doñate Sanz*